

LOS NATURALES
Y LOS ESPIRITUALES

BUENO, ¿y después?

—¿Después? Seguir chillando hasta desgañitarse.

—O lo que es lo mismo, ladrar a la luna; ¿no es eso?

—Sí, ladrar a la luna, para que las gentes vean que la luna se deja ladrar y no por eso cesa en reflejarnos la luz del sol, y siga alumbrando, pero nadie le haga caso ni pierda el tiempo en contemplar a la luna con la boca abierta, no siendo para descansar el ánimo.

—¿Y después?

—¿Después? ¡Ladrar al sol!

—¿Y después?

—¿Después? ¡Morirse!

—¿Y después?

—¿Después de morir? Quedarse muerto, y que vengan nuevos ladrones. Nadie nos quita ya lo ladrado y lo vivido.

—Pero al muerto, ¿no le quitaron ya lo vivido?

—No; los que fueron han sido, han vivido, y los que han vivido en una o en otra forma viven.

—Pero esos ladridos...

—Alguno se despertará al oírlos, y dirá: pero a ese condenado perro, ¿qué le pasa?

—Y luego, al ver que ladra a la luna, volverá a acostarse o saldrá y le tirará una pedrada al perro para que se calle.

—El que una vez se ha despertado y saltado de la cama, difícilmente vuelve a conciliar el sueño; y aunque se acueste de nuevo, da vueltas y más vueltas en la cama, meditando.

—¿En los ladridos del perro?

—¡Al arrullo de ellos!

—¡Vaya una música!

—Las hay peores, es decir, más adormecedoras. ¡Sí, hay que ladrar, y ladrar mucho!

—Y también aullar, me parece.

—También aullar, y luego morder, si se puede. Pero para hacer coraje, para que nos vengán con el palo o con la piedra y tengamos que defendernos a mordiscos, primero hay que ladrar.

—Bueno, dejémonos de parábolas y hablemos derechamente: ¿qué ganas con todo ese protestar y atacar y acometer y agitar?

—Sentirme hombre.

—¿Y para sentirte hombre vas a perturbar la sociedad en que vives?

—¡Claro está que sí! ¡Que sean hombres también ellos!

—¿Y quiénes son ellos?

—¿Ellos?... ¡Los otros!

—Vas a no poder vivir en sociedad.

—También lo creo. Amo mucho a mis semejantes, me intereso demasiado por todos aquellos a quienes veo y oigo para poder vivir entre ellos. Me llega al alma el oír decir una tontería o una vaciedad a un prójimo, y quisiera ir a él y quitarle aquella tontería de la cabeza, de cualquier modo, a golpes de maza, con violencia. Sufro mucho, sufro mucho porque no puedo acudir a todas partes y discutir con todos y sacar del error a todos los que en él se hallan.

—Tiempo perdido: no convencerás a nadie. Cada cual se atiene a sus ideas, y los que parecen ceder antes son los más retusos en recibir lo nuevo, son elásticos. Observa que las personas que parecen estar de acuerdo con la opinión del último que habla, vuelven siempre a lo mismo. Es torpe discutir y querer sacar a nadie de sus ideas; los hombres no quieren dejarse convencer. Lo mejor es dejarlos.

—No, sino repetir una y dos, y cien, y mil y millones de veces la misma cosa, que en fuerza de oírtelo repetir acabarán por creértelo cuando ya no les suene a cosa extraña. Un día y otro y otro, siempre con la misma canción.

—Pero si una vez no se lo pruebas, ¿te lo van a creer la milésima?

—Claro que sí. La cuestión es que no les suene ya a cosa extraña y nueva, que sea corriente, que estén hartos de oirla. Lo que se oye a diario acaba por aceptarse, por absurdo que sea. El valor del hombre está en repetir constantemente su palabra. Como se sepa dar forma clásica a un disparate, pasará.

—¿Y por qué forma clásica?

—Porque la forma clásica es la que se ha hecho ya corriente y usual. Las nuevas ideas se rechazan porque hay que hacerlas lugar entre las viejas, variando cuando menos la colocación de éstas. Según Bagehot, un inglés de la clase media, con decir «¡en mi vida he oído semejante cosa!» cree haber refutado un argumento.

—Lo cual me recuerda algo que dice Schopenhauer acerca de los tres grados por que pasa entre el público toda doctrina nueva, y que si no estoy trascordado es que primero se hace el silencio en su derredor, después se la mira como no-

vedad peligrosa, y acaba por decirse: «Eso es muy antiguo».

—También yo recuerdo haber leído en él algo de eso, aunque no los términos precisos; mas lo que sí tengo observado es que de declarar una cosa ininteligible, paradójica, embolística y enredosa se pasa a decir que es una antigualla renovada. Rara es la doctrina que admite el pueblo como nueva, porque cuando la ha admitido ya, es cuando, habiendo dejado de ser nueva, tiene tradición.

—¿Y la tradición quieres hacerla a puro repetir una cosa?

—Sin duda. Es el procedimiento de la educación jesuítica; al niño hay que meterle en la cabeza, a puro martilleo, un número de principios en fórmulas, consagradas e invariables, entiéndalas o no, que luego, cuando sea mayor, fructificarán en él.

—Si es que fructifican...

—En efecto, si es que fructifican. ¿Crees que las respuestas del Catecismo tienen nada de claro ni de comprensible, no ya para el niño, mas ni aun para el adulto? Los más de los que las aprenden se mueren sin haberlas entendido. Pero pasan como cosa corriente en fuerza de saberlas todos desde niños. Y el pueblo es un niño. ¿No has visto nunca a dos niños ponerse al sí y no?

—¿Qué es eso?

—Que empieza uno por afirmar algo, y el otro se lo niega, y aquél dice «que sí», y replica éste «que no», y vuelve el primero a su sí y el segundo a su no, y se están en sí-no, sí-no, sí-no..., y al último, a una vez y seguido, el uno recita su sí, sí, sí, sí, y el otro su no, no, no, no, no..., hasta que alguno de ellos se cansa y el otro queda encima o se vienen a las manos y se traban a cachete limpio, que suele ser lo más común. Y así con el público y con el pueblo no importa tanto dar pruebas y razones de la afirmación que se sustenta cuanto estarlo afirmando de continuo y no hartarse de repetir un día y otro y otro y ciento, sin descanso ni parada, sí, sí, sí, sí, sí..., o no, no, no, no, no..., y gritar más que los demás, ladrar, ladrar fuerte. Porque eso de que no por más gritar se tiene más razón, resulta de hecho, una tontería. Eso que se llama misoneísmo sólo se cura a puro repetir novedades.

—No creo en la eficacia de tal proceder. A un pueblo no se le convence sino de aquello de que quiere convencerse; cuando creemos haberle dado una idea nueva, si la recibe, es que se la hemos sacado de las entrañas de su propio pensamiento, donde la tenía sin darse él mismo cuenta de ella. Y a este propósito voy a leerte lo que leí hace

poco en el ensayo de Roberto Luis Stevenson acerca del poeta americano Walt Whitman, y que me pareció tan exacto, que lo traduje y copié, y aquí lo tengo, en este mi cuadernillo de notas. Dice: «Ahora bien, ¿cómo va a convencer el poeta como la Naturaleza, y no como los libros? ¿Hay parte alguna de la Naturaleza que pueda mostrar a otro hombre como puede mostrarle un árbol si pasean juntos? Sí, la hay: los pensamientos del hombre. En realidad, si ha de hablar el poeta con eficacia, ha de decir lo que está ya en la mente del que le oye. Es lo único que creará el oyente; es lo único que será capaz de aplicar inteligentemente a los hechos de la vida. Una convicción cualquiera, aunque sea todo un sistema o toda una religión, tiene que pasar a la condición de lugar común o de postulado antes de que llegue a ser completamente operativa. Elucubraciones extrañas y teorías de alto vuelo pueden interesar, pero no gobernar la conducta. Nuestra fe no es la más alta verdad de que nos percatamos, sino la más alta que hemos sido capaces de asimilarnos en la trama y método mismos de nuestro pensamiento. Así es que no se renueva al hombre de veras blandiendo ante sus ojos las armas de la dialéctica, ni por inducción, deducción o construcción, ni forzándole a pasar de un modo de razonar a otro. No

cabe hacerle creer algo, pero cabe hacerle ver que lo ha creído siempre. Y éste es el canon práctico. Cuando el lector exclama «¡ah, sí, lo sé!», y tal vez llega a medio irritarse al ver cuán de cerca se le ha anticipado el autor en sus propias ideas, entonces es cuando está en camino de lo que se llama en teología la fe salvadora.» Hasta aquí Stevenson; ¿qué te parece?

—Me parece que apenas hay idea, por extraña que sea al prójimo, que no podamos llevarle a creer que se le había ocurrido a él, y que era desde siempre suya. Y esto es más fácil con lo que se llama por excelencia pueblo, con la masa anónima e inculta. Es más fácil hacer que acepte novedades el pueblo que la clase media de la cultura, los leídos, los que han pasado por aulas. Don Quijote pudo arrastrar tras de sí a Sancho, no al bachiller Sansón Carrasco.

—¡Es claro! Porque Sancho era ignorante.

—¿Ignorante? ¡Sea! Todos somos ignorantes, y todos ignoramos algo hasta que lo hayamos aprendido. Y a este caso suele gustarme repetir que si el principio de echarse a andar es estar parado, y el de pararse estar andando, así el principio de empezar a saber es ignorar, y no pocas veces el principio de ignorar es saber, y por esto suelo decir que el principio de la sabiduría

es la ignorancia, o aun, mejor dicho, que el principio de la sabiduría es saber ignorar. Y Sancho sabía ignorar, y no lo sabía el bachiller Carrasco, como no suelen saberlo los bachilleres, y sí los palurdos.

—Eso está bien, menos aquello de que el principio de ignorar es saber, sentencia que no entiendo, y sospecho que tampoco la entiendes tú, sino que la has soltado por la fuerza del consonante o por afición a la antítesis, y sin más razón.

—Te equivocas, y baste que recuerde aquellos versos de Leopardi de que «descubriendo, sólo la nada crece». A lo que suele decirse que de cada misterio aclarado surgen varios misterios por esclarecer. Y así puede decirse que el mucho y hondo saber acerca a la ignorancia, y que a los grandes genios antes y mejor puede entenderlos el vulgo bajo que no los doctos. O empleando otras palabras, que por habérmelas oído muchas veces me las entiendes: antes se entienden los espirituales con los naturales que no con los intelectuales, así como le es al ateniense más fácil entenderse con el beocio que no con el filisteo. La brutalidad y la genialidad pueden unirse; lo que ya no es tan fácil que se una con esta última es eso que suelen llamar discreción, o sea el sentido medio.

—Yo creo, sin embargo, que es el pueblo, guar-

dador de las tradiciones y conservador por excelencia, el que más resiste y rechaza las novedades del genio.

—Ni las del genio suelen ser tales novedades, ni el pueblo es conservador, ni guarda tradiciones de esas.

—¿De esas?

—De esas, sí; porque al hablar de tradiciones, sé a qué soléis referiros. Y, empezando por lo de conservador, te diré que no puede serlo quien nada tiene que conservar. Nuestro pueblo está por encima o por debajo, pero ciertamente fuera de esas distinciones que hacemos entre conservadores y progresistas, sin que le importen un comino las cuestiones que dividen a éstos. Porque si tomas la de libertad de imprenta, no puede importarle al que no sabe leer ni escribir; si la de libertad de asociación, no se asocian; si la de libertad de conciencia, carecen de esa conciencia que aspira a ser libre; y todo por el estilo. A su vida no llegan aquellas cosas por las que peleamos. Y en cuanto a tradiciones, te diré que nada hay menos tradicionalista que el pueblo, y que no son tradiciones tuyas, vivas en él, todas esas doctrinas y enseñanzas que hay que administrarle en cada generación, porque se le despegan. Las tradiciones tuyas verdaderas, el caudal de consejos

y supersticiones y agüeros y hechicerías que se transmiten de padres a hijos, es muy distinto de ese legado que hay que estarle de continuo inculcando para que no lo deje caer. Aun a pesar del refrán que dice «el que calla, otorga», yo no creo que el pueblo otorga con su silencio todo lo que se quiere atribuirle.

—Te concedo que el pueblo no tenga opinión alguna en porción de cosas, pero no cabe duda que hace suya la que le dan aquellos en quienes tiene confianza. Su fe implícita...

—Y diste con el concepto, con el terrible concepto, con la doctrina pestilente y dañosa que está envenenando las raíces de la vida social de esta nuestra Patria: ya diste con uno de los peores males...

—Pero, hombre; me choca que te exaltes así, tú, el hombre sereno, el hombre...

—Sí, no puedo oír en calma lo de la fe implícita; nada encuentro más repulsivo que elogiar la fe del carbonero, la del que, bajo palabra ajena, dice creer en lo que cuenta tal libro sin haberlo leído...

—Pero fijate en que las más de las personas ni tienen tiempo ni criterio para enterarse de muchas cosas, y han de reposar, por fuerza, en los demás, y fiarse de lo que les digan personas de

autoridad y crédito. El que necesita sus horas para ganarse el pan de cada día no puede meterse en teologías...

—Es que la teología no es religión, ni es para nadie religión lo que no obre eficaz y directamente en su espíritu. Si un individuo me dice que cree en tal o cual misterio y no tiene la menor idea de éste, ni esa creencia obra en él frutos de acción, ni cree en ello, ni Cristo que lo valga. Y tal es la fe del carbonero, la del que dice «creo lo que cree la Santa Madre Iglesia», y luego, al preguntarle qué cree ésta, replica: «lo que yo creo»; y no se sale de ahí. Eso es creer en la Iglesia, pero no en lo que ella enseña.

—Para el caso...

—No, para el caso no es igual. Para nadie puede tener la religión más contenido que aquél presente y vivo en su conciencia. Si uno me dice que su religión encierra dogmas o principios que él ignora, esos no son dogmas ni principios de *su* religión, porque ésta no es suya. Lo que no sé no es mío, ni me sirve.

—Sin embargo, tu médico sabe cosas que ignoras, y con él saberlas te cura.

—Pero la religión no es delegable ni es ciencia. Y aquí está el mal: en haber hecho de ella una metafísica, con sus especialistas. Y por eso te re-

pito que el pueblo no cree la mayor parte de las cosas que se dice constituyen su creencia, y no las cree porque no las conoce, y, de conocerlas bien, tampoco las creería. Los que aparecen como maestros suyos en lo que toca a lo más íntimo de su vida no son fieles representantes de él: van a imponerle la letra muerta de una doctrina que ni conoce ni siente, y no a sacarle de las entrañas espirituales la que tiene allí dormida. Lo más de esa tradición que se dice ser la de nuestro pueblo ha constituido una constante violencia contra su más íntima tradición. Su fe honda, su fe inconciente, riñe muchas veces con esa su llamada fe implícita.

—Ve cómo vienes a contradecirme.

—¿Contradecirme?

—Contradecirme, sí; porque no ha mucho que decías que en puro repetir una cosa se acaba por hacer que la crea el que nos la oye, y que apenas hay idea, por extraña que sea al prójimo, que no podamos llevarle a creer que se le hubiera ocurrido a él, y que era desde siempre suya, y ahora sales con esto otro de que no han logrado, en constante predicación de siglos, darle una tradición.

—Y no, no han logrado dársela, aunque reconozco que me has cojido en una contradicción, aparente al menos.

—¿Aparente?

—Aparente, sí, y lo irás viendo. Yo no sé si es que no han sabido inculcarle eso que se le trataba de inculcar, o que ello riñe con su profunda manera de ser; mas lo cierto es que tal tradición histórica, y no más que histórica, no es su tradición viva y vivida, como hay muchas leyes que, a pesar de imponérselas siglos hace, no han logrado suplantarse a las costumbres primitivas que con ellas riñen. Y el día en que hombres de autoridad, el día en que hombres de veras espirituales digan a este nuestro pueblo, a los naturales, «te engañan los intelectuales esos, y no creas lo que te dicen que crees y repites tú que lo crees», entonces Sancho, de quien no se cuenta que muriera, despertará a la voz de Don Quijote, redivivo, y, dejando al bachiller Carrasco con la palabra en la boca, volverá a irse tras su amo, a quien pedía con lloro que no se muriese, sino que le llevara a la ínsula prometida. Sancho espera a Don Quijote, aun sin saber que lo espera; los naturales esperan a los espirituales, hastiados de los fríos y huecos sermones del intelecto revestido de piedad. Vuelvo a mi tema: nada más cerca de la naturalidad que la espiritualidad; y tú me entiendes lo que con esto quiero decir.

—Te entiendo, sí, pero no me convences de

ello; porque si el pueblo no entiende a los que le hablan con lógica, con la voz de la ciencia media, y dándole la tradición histórica fraguada por cadena de doctos rebuscadores; si no entiende esa voz, menos entenderá los arrebatos líricos, que apenas son otra cosa, de esa especie de profetas de nuevo cuño a que aludes al hablar de espirituales; me parece...

—Te equivocas. Lo menos acomodado al pueblo es la doctrina tradicional fraguada por teólogos, y esa ciencia de vulgarización que se le quiere ahora dar. Todo eso no le da vida. Y nada más cerca de lo natural que lo espiritual, ni nada más cerca del pueblo que el poeta. El poeta, el vidente, el soñador, el utopista, no el hombre de ciencia, no el físico, ni el químico, ni el teólogo. El espiritual, en puro espiritualizarse, vuelve al pueblo. Ya Blumhardt, el poderoso predicador, decía que hay que convertirse dos veces, una de la vida natural a la espiritual, y después, otra vez de nuevo, de la espiritual a la natural, en cuanto es justa ésta. La suprema naturalidad se alcanza en el somo de la espiritualidad, en su cumbre. No espero que me lo tomes a paradoja, si te digo que los santos, los verdaderos santos, han llegado a cobrar inocencia de animales, y tanta pureza de intención como un borrego, un

tigre o una víbora; esto los verdaderos santos.

—Y ¿por qué insistes en lo de verdaderos?

—Porque una cosa son los santos según la naturaleza o, si quieres, según la gracia divina, y otra los santos según esta o aquella hermandad de hombres; a unos los canoniza Dios mismo, a otros la Humanidad, a otros esta o aquella Iglesia. No llamo santos a todos los que figuran como tales en el calendario, pues los hay puramente eclesiásticos, y hasta puramente litúrgicos.

—¡Entendido!

—Pues bien: los grandes santos verdaderos, que son los hombres que han llegado a la alta espiritualidad a que cabe llegar a hombre nacido, los más grandes santos, que han sido los supremos poetas, por haber hecho de la vida poesía, esos han sido los hombres cuya vida se acercaba más a la animalidad. En puro santidad llegaron a la inocencia de los animales, y si uno de esos santos picó, dió zarpazos o devoró a alguien —con una u otra manera de devorar—, fué con tanta pureza de intención y tanta falta de malicia, como pica la víbora y da zarpazos o devora el tigre. La gracia les había vuelto a la pura naturaleza. Y por lo tocante al hecho supremo de la vida, que es morirse, recuerdo haber leído en un escritor ascético, me parece que el P. Faber, que aconseja a los

fieles no hagan comedias a la hora de la muerte, ni conviertan en tablado de teatro el lecho mortuario, sino que se mueran natural y sencillamente; y a esto añade que muchos de los más grandes santos se murieron como los animales, acostándose a morir. Y de aquí saco que, al decirse eso de «murió como un perro», no se tiene en cuenta que es la tal muerte un morir de santo.

—Me parece que te excedes...

—No lo sé, pero sí, como repito, que la muerte del santo es muerte de perro. Para el hombre perfecto es el morir una mera función fisiológica, algo como el dormirse. Y si el parir la mujer con dolor dicen ser efecto de la caída de nuestros primeros padres, y de haber con ella perdido el estado de pura naturaleza, el que sólo mediante la gracia se recobra, efecto también de la caída, signifique ésta lo que significare, ha de ser el morirse con dolor o el dolor de la muerte. Mas veo que vamos alejándonos mucho de nuestro hito, y perdiendo el carril de nuestro discurso.

—¿Y qué más da?

—Cierto que da poco si esta nuestra conversación hubiera de irse y perderse con las aguas corrientes de la vida; pero como me consta de ciencia cierta que habrá de quedar cuajada en escrito, como si esas aguas se helasen, y habrá de publi-

carse, bueno es que le demos cierta unidad, no sea que el público que nos lea se queje.

—¿Y por qué ha de quejarse?

—Porque cuando la gente se pone a leer pónese a que le cuenten algo con principio, medio y fin, pues para estarse leyendo una conversación tirada y suelta, de esas que por cualquier punto cabe cortar, una de esas sartas sin cuerda, para eso se van al casino a oír charlar junto a la chimenea,

—Pero ¿no es una esclavitud el que hayamos de conversar para veinte, cien, mil o más personas, y no para nosotros mismos?

—Bueno, amigo; dejemos eso, y puesto que hablamos para que se escriba y publique lo que hablamos, y puesto que eso de escribir, y más aún, lo de publicar lo escrito, sea una de las cosas más antinaturales que cabe concebir, renunciemos a lo natural para someternos al arte, o lo que fuere.

—Pero también el arte es naturaleza, como dijo el otro, quien lo dijera.

—Schiller, y antes de él supongo que otros, aunque esto importa poco, menos aún que el perder el hilo de nuestro discurso. Lo cierto es que eso de escribir es una de las cosas menos naturales, y por ello andan los escritores tan lejos de la naturaleza, y tan lejos del pueblo, que se está

arrimado a ella. Y entiendo que quiero decir aquí por escritor algo muy poco recomendable.

—Me lo figuraba.

—Y te lo figurabas bien. Escritor o literato es algo no tan mezquino, sino mucho más mezquino que intelectual. Un literato francés ha dicho esta solemnísima majadería: «no hay más que una manera de tener talento, y es tener estilo»; y otro inglés, Stevenson, dijo antes que en un literato sólo hay un mérito que deba tenerse en cuenta, y es el que escriba bien, y sólo una falta condenable, y es la de que escriba mal.

—Ahora habría que saber a qué llaman estilo esos caballeros.

—¡Desde luego! Mas de esto hablaremos otro día, y de cómo se confunde el estilo con el lenguaje, sin ver cuán poderoso estilo puede revelar uno chapurrando lengua que apenas conoce, y cuán desprovistas de él están muchas melopeas escritas con el más chinesco artificio gramatical y retórico. Y así el pueblo, guiado por certero instinto, desprecia a los escritores que no son otra cosa, y si influyen algo en él es porque le transmiten algo del espíritu de otros no escritores, pero sí espirituales. Cierto es que un Kant, ponga por caso, jamás fué leído por el pueblo, ni lo será en mucho tiempo al menos; pero no es menos

cierto que gracias a él y a haberse empapado en su espíritu, pudieron muchos escritores llevar hasta el pueblo algo de lo que escribieron. Los intelectuales —Kant, en rigor, y a pesar de las apariencias engañosas, no lo era—; los intelectuales, digo, apenas sirven más que de intermedios entre los espirituales y los naturales. El verdadero director de los movimientos íntimos de un pueblo suele ser, a menudo, el que menos se ve y de quien menos se habla.

—Sí, un Moltke dirigiendo una campaña desde su gabinete.

—Aunque sea una leyenda esa de Moltke, que no sé si lo es o no. Pero hay Moltkes de éstos, y lo más curioso del caso es que a las veces no los conocen ni aun los mismos que obran obedeciendo a su dirección, no ya los soldados, mas ni aun los generales. Escritores hay que protestarían airados si se les declarase de quién o de quiénes son inconcientes ministros. Y para la mayor parte de las personas, no hay más remedio que resignarse a ser órgano de algún otro.

—Buena prueba de ello estamos dando ahora nosotros dos, pobres entes de razón, que no venimos a conversar aquí sino sirviendo de juguetes y ministros al escritor que nos trae y nos lleva y nos hace hablar por escrito.

—¡Pobre manera de hablar!

—Muchas veces no hay otro remedio. Pero se me ocurre una cosa al respecto que tratamos, y es que me choca mucho que con ese tu constante estribillo de que hay que dirigirse al pueblo y darle o devolverle espiritualidad...

—Despertársela.

—Bueno, sea despertársela; pues con eso de que es menester despertar la espiritualidad del pueblo, no te haya oído nunca formular una doctrina concreta, clara y aplicable que se haya de dar al pueblo.

—Ya salió aquello: la cantinela de los intelectuales, la doctrina concreta, clara y aplicable...

—Pues claro; ¿qué has de decir al pueblo?

—¡No deleguéis!

—Pero, hijo de Dios, ¿cómo no van a delegar gentes que no tienen ni preparación, ni tiempo, ni humor para formarse una doctrina?

—Que no deleguen, he dicho; que no deleguen. Al pueblo hay que repetirle, un día y otro y otro, que no delegue lo íntimo del espíritu; que se fragüe por sí mismo sus esperanzas y sus consuelos.

—Pero eso no es posible.

—Posible y muy posible. Hay que darle fe en sí mismo...

—En su ignorancia.

—Justo, fe en su ignorancia, fe en la sabiduría entrañal, y sobre todo quebrantar en él la fe del carbonero.

—Te he oído hablar muchas veces del Brand de Ibsen, ¿lo recuerdas?

—Sí, y recuerdo a aquel heroico Kierkegaard, de quien es Brand reflejo en el arte, y sé por dónde vas; sé quieres decirme que el pueblo no quiere que le señalen caminos, sino hitos; que el pueblo no quiere que se le enseñen modos de producir, sino que se le den productos; que quiere se le den las cosas hechas y las verdades resueltas.

—Evidente.

—Pues evidencia que no me convence. Y te digo y repito que hay que despertarle la fe y no darle dogmas...

—Fe sin dogmas, como si lo oyera...

—Mil veces mejor que dogmas sin fe, que es su alimento actual. ¿Dogmas? Que él se los haga y se los deshaga y rehaga.

—Y que él se invente una química y una física y una fisiología a su gusto y capricho.

—Ni la química, ni la física, ni la fisiología, ni nada de eso, con ser tan grande y tan bueno y tan útil, es cosa propiamente del espíritu, aunque sirvan de preparación para lo espiritual. Todo eso es cosa del intelecto.

—Sutilezas escolásticas, que dirías tú.

—Nos entendemos, y basta. Todo eso es cosa de ciencia, más que de sabiduría, de lo que llaman los alemanes *Wissenschaft* y los ingleses *knowledge* más que de lo llamado por aquéllos *Weisheit* y por éstos *wisdom*. Por la ciencia van muchos a la sabiduría, o sea que van por el intelecto al espíritu; pero no es ese el camino obligado, ni hemos de creer que para llegar el pueblo a la sabiduría espiritual tenga que pasar por la ciencia intelectual. Aquí está el error de los intelectuales; aquí está el error de los que se van a los obreros con nociones de física o de química generales, aunque es mucho mejor irles con esto que no con física o química aplicadas a sus oficios. De irles con física y química, creo que comprenden mejor y que les son más provechosas las altas teorías de esas ciencias, su parte filosófica, lo que de ellas puede sumirnos en el reino del espíritu, que no esas otras nociones técnicas. Observa que nada interesa tanto al pueblo como aquello que le es menos útil para la vida práctica cotidiana, y es la astronomía. No le vayas a un herrero de lugar con explicaciones sobre eso de que el calor dilata los cuerpos, y que el hierro es cuerpo simple, y que su combustión es oxigenación, que todo eso le entrará por un oído para

salirle por el otro, y así debe ser; pero sácale al campo en una noche estrellada, y muéstrale en la infinita bóveda el camino de Santiago, y dile lo que es la nebulosa y los millones de mundos de que consta, y que nuestro sol y nuestro sistema todo no es sino una molécula de ese inmenso anillo; y si se lo haces entender, verás cómo te lo agradece y le has removido los hondones del espíritu, y no tan sólo arañado el pellejo de la inteligencia.

—Por donde se ve lo que sirve dar ciencia al pueblo y enseñarle cosas concretas y claras y...

—Sigue.

—Y... no sé lo que iba a decir.

—Aplicables, hombre, aplicables; acaba.

—No, aplicable no, pero dogmas astronómicos.

—Sí, aplicable, aplicable a lo espiritual, y no dogmas, porque no los recibe como tales. Tan ciencia o más es lo de la dilatación por el calor y la oxigenación del hierro, y eso no le importa. Pero dile luego que el trozo de hierro es también una nebulosa, y que allí dentro hay sistemas planetarios de moléculas y soles acaso y astros con sus órbitas, y logra hacérselo entender y que relacione una cosa con otra, y verás.

—¿Y eso no es ciencia?

—No, eso es ya filosofía. Y convéncete de que los grandes principios científicos modernos, o me-

por dicho, los grandes principios filosóficos sacados de la ciencia moderna, no serán eficaces para la vida honda y verdadera de los pueblos mientras no se reduzcan a religión. Que si todas aquellas filosofías del Logos encarnaron en la religión cristiana, en religión y en la misma religión cristiana pueden encarnar los principios de la conservación de la energía y de la evolución de las formas.

—Ahora defiendes la ciencia para el pueblo.

—Repito que no, porque eso no es la ciencia de los intelectuales, por útil que ésta sea. Pues hasta sus más elevadas hipótesis son doctrinas frías. Hay que hacerlas poesía, que es el alimento que recibe el pueblo, ni hay doctrina que se asimile mientras no se haga poética. El poeta, el poeta es el que está más cerca del aldeano y es el que puede llevarle de la naturalidad a la espiritualidad, o ya paso a paso por camino de intelecto, o más bien por salto.

—¿Por salto?

—Por salto, sí, suprimiendo la intelectualidad. Y a eso responde mi palabra, ¡no deleguéis! No hay que delegar, porque delegando se entrega el tesoro espiritual a intelectuales, y lo que es peor, a intelectuales de escaso o casi nulo intelecto, a meros repetidores de fórmulas muertas; el espíritu es indelegable. Y si se le predica un día y otro

y otro al pueblo que no delegue, es posible que, recojido en sí y buscando con anhelo por dónde romper, se eleve de su naturalidad a su espiritualidad por salto. Y cómo se manifieste ésta y qué formas tome, eso no importa. Y aquí veo la superioridad del espiritual respecto al intelectual para con el pueblo: y es que el intelectual le enseña lo que ha aprendido, conocimientos que tiene almacenados en su intelecto, y el espiritual le enseña lo que es, le enseña su propia alma, su personalidad. Y da al pueblo la visión más robusta, la más fecunda, la más avivadora que puede dársele, cual es la visión de un hombre entero y verdadero, la revelación de un alma al desnudo. El poeta, si lo es de verdad, no da conceptos ni formas; se da a sí mismo. ¿De qué valdría el Sermón de la Montaña y las parábolas y los preceptos todos evangélicos, si Jesús no se hubiese dado a sí mismo, y si el libro en que se atesora su espíritu no nos diera, no ya sus enseñanzas, sino a él mismo, al hijo del hombre? Pilato le mostró al pueblo diciendo: He aquí el hombre. Debemos todos abrirnos ante el pueblo el pecho del alma, desgarrarnos las vestiduras espirituales, y mostrándole nuestras entrañas decirle: He aquí el hombre. Y el pueblo que se eduque a ver hombres acabará por buscarse, zahondar en sus entrañas espirituales, descubrir

en ellas la fuente de su vida, y decir a los demás pueblos: ¡He aquí el pueblo!

—¿Y no puede llegar a ese descubrimiento por la ciencia?

—No sé de nadie que haya llegado a descubrirse de veras estudiando fisiología y anatomía e histología y todas esas ciencias tan útiles para que el médico llegue a curarnos las afecciones corporales y para otras muchas cosas.

—Entre ellas, para llegar a curarnos las afecciones morales.

—Así dicen, aunque yo no lo creo.

—Pues yo sí lo creo, y tú y yo, bien mirado, somos hermanos gemelos e hijos de un mismo padre y hasta puede decirse que desdoblamiento de una sola y misma persona.

—Pues bien: convendrá que esa persona lo crea y no lo crea, y reciba con su inteligencia lo que tú le enseñas, y recoja en su espíritu lo que le enseño yo, y que su fe y su razón anden a la greña de continuo, porque eso es vida. Él puede contradecirse, ya que el principio de contradicción es el principio del progreso en la vida; pero a cada uno de nosotros no nos es lícito contradecirnos.

—Y, sin embargo, me acusas a menudo de que me contradigo, y yo te acuso, también a menudo, de que te contradices.

—Sí, te acuso de que te contradices, porque defiendes a la vez tradiciones teológicas y novedades científicas, y eres de los que andan con eso de la armonía entre el dogma viejo y los principios nuevos. Y todo eso me parece sin importancia ni alcance. Nunca me ha interesado, ni lo más mínimo, el que concierte o no concierte el relato mosaico de la creación del mundo con las adquisiciones de la geología; es punto que cae fuera del espíritu, y su discusión sólo puede servir para hacer gimnasia intelectual y para divertirse un poco.

—Y yo, te lo he de decir una vez más, no veo en todas esas vaguedades tuyas y en todos esos juegos conceptistas que haces acerca del intelecto y el espíritu y los naturales, intelectuales y espirituales, y lo de no delegar, y lo de fe sin dogmas y dogmas sin fe, y toda la demás monserga con que me aturdes los pacientes oídos, no veo en todo eso sino revoloteos en el vacío, o, como decía Juan Pablo, un pintar éter con éter en el éter. Todavía no sé, ni lo sabes tú mismo, me parece, qué es lo que crees ni lo que piensas, ni veo que estés lleno sino de ti mismo...

—¿Y te parece poco? Eso es lo primero, llenarse de sí mismo, y luego desbordar y volverse sobre los demás.

—Pero ese tú mismo, ¿sabes si le importa a nadie, y si a nadie le sirve para algo?

—Todo hombre sirve a todo hombre. Si el prójimo que te parezca más insignificante y sin valor alguno, el que te haya molestado con más tonterías y a quien sólo hayas oído necedades, si ese prójimo se te vaciara por entero, no en lo que sabe, sino en lo que es, y recibieses algo de su espíritu en el tuyo, verías cuán renovado te encontrabas. Conoci un sujeto al que no podía soportar, por lo impertinente de sus tonterías; jamás le oí sino perogrulladas irresistibles ó lugares comunes, que me duelen los oídos de oírlos repetir; sus juicios eran los de todo el mundo, y estaba el desgraciado tan henchido de sentido común, que no le quedaba ni el más menudo rincillo para el sentido propio. Huía de él como de la peste, porque a pesar de la vulgaridad de su mente, era un buen hombre, y no quería reñir con él. Pero le encontré una vez abatido y triste por desgracias de índole familiar y doméstica, y el infeliz, entre sollozos y lágrimas, me vació su espíritu. Y vi al hombre, un hombre hecho y derecho, todo un hombre, un espíritu repleto de eternidad y de infinitud. Su vida de familia era una tragedia oscura que no había trascendido al mundo. Y salí de aquella entrevista, de aquella comunión

espiritual más bien, renovado y espiritualizado. ¿Y crees que nada de lo que me dijo era concreto y claro y aplicable? No, sus sollozos me enseñaron más que sus palabras. El hombre da más de sí a sus hermanos cuando llora o cuando ríe, que no cuando canta. El pueblo necesita que le canten, que le rían y que le lloren, mucho más que el que le enseñen.

—¿Pero es que cantando se enseña?

—Sí, la tabla de multiplicar a los niños en las escuelas.

—No rechazo el canto, pero ha de ir con letra.

—Sí, y en latín para mayor claridad.

—¡Ah! Vuelves por la claridad.

—Hay dos claridades...

—Está visto que no nos entenderemos nunca.

—Ni conviene que nos entendamos.

—Adiós, entonces, y hasta ahora.

—¡Hasta ahora; adiós!

Y se fundieron los dos en uno.

Enero de 1905.

SOBRE LA LECTURA E INTERPRETACIÓN DEL “QUIJOTE”